

Plan lector en la escuela peruana

Revisión de una política cultural y educativa

Si bien el Programa Nacional de Movilización por la Alfabetización (PRONAMA), adscrito al Ministerio de Educación, trabaja desde el 2006 en la disminución del analfabetismo en el Perú, no deja de ser alarmante que en una década de vanidad por nuestro desarrollo macroeconómico y la indiscriminada proliferación de centros de estudios, todavía un millón y medio de peruanos mayores de quince años continúen segregados porque no saben leer ni escribir. Es sencillo consultar fuentes informativas que nos ofrecen concienzudos porcentajes de analfabetismo, a fin de conocer en detalle índices de reducción en determinadas zonas del país o cuáles son los márgenes diferenciados entre hombres y mujeres; aunque ya sabemos que las zonas rurales son las más golpeadas y que las mujeres siguen siendo las más marginadas. Sin embargo, de lo que no tenemos noticia es de los indicadores referidos al analfabetismo funcional, un problema que puede ser tan grave como la ignorancia, pues disimula el rostro social tras la máscara de la cultura escrita.

En su definición más simple, leer es “pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados” (diccionario de la academia), pero en una segunda acepción es entender el sentido de un texto e incluso de cualquier otro tipo de representación gráfica. Lo que interesa para este trabajo es el vínculo activo del lector con el texto escrito, es decir que lo entienda y lo interprete. En la escuela

significa una importante conquista para maestros y padres que los estudiantes, al final de su primera infancia, antes de pasar a primaria, hayan aprendido a leer; es decir, que hayan conseguido reconocer las letras del abecedario y deletrearlas de manera aislada. En adelante, lo común es que los padres desatiendan el ejercicio de la lectura y que la escuela se empeñe en la pronunciación correcta, la asociación con otras letras para conformar sílabas y palabras, la velocidad de la lectura y las respuestas inmediatas, a menudo superficiales, de preguntas predecibles de los consabidos cuestionarios.

Este modelo supone un proceso ascendente, que nace en los niveles inferiores del lenguaje (signos gráficos, palabras) hasta alcanzar los niveles superiores del lenguaje (sentidos, enunciados) y unirlos en un corpus que ofrezca el significado global. Lamentablemente este proceso de lectura no culmina en la escuela, queda trunco a causa de la incapacidad de los docentes —quienes están lejos de ser eficaces agentes—, la carencia de libros apropiados, los discutibles programas de estudios y la perniciosa tendencia a masificar la educación. La suma de estas limitaciones se expresa en las evaluaciones de lectura, cada vez más pragmáticas y uniformes, que no consideran profundidad ni diversidad en las respuestas de los estudiantes. Conviene citar a Daniel Cassany, de la entrevista incluida en el epílogo: “Yo creo que la clave aquí es entender qué significa evaluar y qué significa evaluar la lectura. Mucha gente, cuando pronuncias la palabra evaluar, piensa inmediatamente en una cifra fría, matemática... hay que entender evaluar como intercambiar puntos de vista, como comprobar si realmente entendiste del mismo modo un texto. Estoy pensando en una evaluación más cualitativa, más verbal y menos numérica, más formativa y dialogada, más procesal y no final”.



En más de treinta años como profesor he constatado la tradición que cultivan los docentes, casi con la fruición de un deporte, de lamentar lo poco o nada que leen actualmente los estudiantes. Comentarios que escuchamos tanto en el colegio como en la universidad, sin hacer demasiado por revertir un problema endémico y gravísimo de la educación peruana. Dudo que sea posible determinar si hace varias décadas, cuando nuestros colegas eran estudiantes escolares o de los primeros años de universidad, aquellos niños o adolescentes que acudían a clases leían más y comprendían mejor de lo que hoy evidenciamos con malestar. Incluso me atrevería a preguntar si los propios profesores de esta hora fueron grandes lectores en el pasado, como parece engréirnos el recuerdo. Aunque fuera afirmativo —lo más probable—, quedaremos siempre como una especie en minoría comparativamente con nuestros compañeros de entonces. No lo sabremos de cierto, lo que sí ha sido medido es la capacidad lectora actual de los escolares peruanos.

La prueba PISA, auspiciada por la UNESCO, fue aplicada en el 2003 a nuestros estudiantes de quince y dieciséis años de colegios públicos y privados, con la finalidad de conocer el nivel de conocimientos y habilidades en matemáticas y lenguaje. La publicación de los resultados provocó una conmoción en el Perú, pues ocupamos el último lugar de un grupo de cuarenta y tres países, con un deshonoroso nivel 0. Para la siguiente prueba Pisa, tres años más tarde, las autoridades del Ministerio de Educación decidieron no participar y aguardar la subsiguiente prueba; los resultados anteriores habían expuesto descarnadamente la realidad

educativa del país y el Gobierno optó por someter a cuidados intensivos a nuestro sistema formativo institucional y declarar el estado de Emergencia Educativa. En agosto de este año se aplicó la prueba PISA 2009, en una muestra que comprendió doscientos cincuenta colegios públicos y privados, de Lima y provincias. Estamos a la espera de los resultados, que se darán a conocer en diciembre del año en curso.

Con el propósito de corregir la crisis en comprensión lectora, el Gobierno creó el Plan Lector para los estudiantes de Educación Básica Regular. Aunque resulta una reacción tardía del Estado —las editoriales trasnacionales vienen aplicando programas de lectura desde hace más de diez años—, se trata de una propuesta plausible por su ánimo y discutible por sus procedimientos. Es evidente la intención por estimular el hábito de lectura en los estudiantes, dentro y fuera del aula, considerando además textos no sólo literarios, y erradicar la costumbre de leer únicamente el significado literal del texto: “el PLAN LECTOR —dice la Resolución Ministerial de julio del 2006— es la estrategia pedagógica básica para promover, organizar y orientar la práctica de la lectura en los estudiantes de Educación Básica Regular. Consiste en la selección de 12 títulos que estudiantes y profesores deben leer durante el año, a razón de uno por mes”.

Diversas Normas para la organización y aplicación del Plan Lector han sido publicadas en los meses siguientes, que, incluso, sugieren títulos de libros destinados a niños y jóvenes. Algunas de esas recomendaciones pecan de elementales y otras son demasiado vagas, como proponer indiscriminadamente las colecciones de una u otra editorial. Un aspecto que juzgamos meritorio es la recomendación de privilegiar autores de la región y del país, además de que la selección de lecturas sea establecida

por la comunidad educativa en su conjunto: directivos, profesores, padres de familia y estudiantes. Lo que llama la atención es que los libros deberán leerse fuera del horario de clase, incluso durante las vacaciones. Nada se menciona, sin embargo, sobre las formas de evaluación. No deja de ser sumamente valioso, aunque preocupa su consecución, la convocatoria que se hace a los colegios para instituir actividades consecuentes a la lectura, como publicar periódicos murales o revistas con los trabajos de redacción de los estudiantes; organizar ferias de libros, círculos de lectura y encuentros con autores de los libros leídos; realizar concursos literarios, maratones de lectura, funciones de cuentacuentos, proyecciones de cine, representaciones teatrales...



Las grandes editoriales que trabajan en el Perú desde hace décadas, específicamente Santillana y Norma, iniciaron sus planes de lectura asociados a la promoción y venta de manuales escolares. Es decir, la campaña en favor de la lectura de niños y jóvenes nacía en el Perú no como una preocupación del Estado ni de la sociedad civil, sino gracias al empeño de unas empresas con indudable experiencia en ese terreno, y desde luego con mucha expectativa comercial. En los últimos años se han sumado dos editoriales españolas, Planeta y Santa María, cuyo poder mediático y económico son inalcanzables para los niveles de nuestra editoriales y de la capacidad del Estado para producir o adquirir libros de literatura infantil y juvenil.

Si el sistema educativo formal en el Perú ha demostrado insolvencia para advertir las deficiencias de comprensión lectora en nuestros

estudiantes, cuyo problema es estructural y engendra numerosos fracasos, no sorprende que haya dejado libre el espacio a las cuatro editoriales extranjeras mencionadas, que difunden su producción literaria, en proporción cada vez mayor, fundamentalmente en los colegios de sectores A y B por el precio de sus libros. Estas editoriales trabajan al margen del Ministerio de Educación —salvo para las licitaciones—, sin coordinación ni aportes como se hace en otros países. Conviene citar un pasaje de la entrevista que le hice a Patricia Aldana, Presidenta de IBBY¹, publicada en el Dominical de El Comercio el 1 de febrero del presente año:

¿Que otros países de Latinoamérica trabajan ejemplarmente en esa área?

Tanto Venezuela y Colombia han hecho cosas maravillosas. Cuentan con el apoyo del estado, de las papeleras particulares y de las grandes editoriales...

¿De qué manera colaboran estas grandes editoriales?

En algunos países se ha establecido una cotización mensual que favorece directamente a las fundaciones de lectura. Y aportan realmente. También se encargan de organizar ferias de literatura infantil y juvenil.

No sólo es el rostro amable de la empresa, sino que contribuye a dilatar el horizonte de lectores.

Por supuesto. Es un trabajo social para el futuro.

¹ International Board of Books for Young People es un colectivo internacional, el más importante, comprometido en fomentar la lectura entre niños y jóvenes. Con cincuenta y cinco años de fundado y sede en Basilea, tiene actualmente más de setenta representaciones nacionales.

El Grupo Editorial Santillana, tras varios años importando libros de literatura infantil y juvenil, con un acreditado listado de autores extranjeros contemporáneos, ejecuta en 1996 una nueva estrategia en su Plan Lector: publicar autores nacionales. El primero de una larga lista — ahora bordean los cuarenta — es el reconocido narrador Alonso Cueto, con el libro de cuentos para jóvenes *Cinco para las nueve y otros cuentos* (Editorial Alfaguara). Un libro cuyo título —según la contracarátula— “es una alegoría a la permanente urgencia de horarios que los jóvenes deben cumplir” y que sin embargo, en mi opinión, no logra escapar de una cadencia morosa y de desenlaces previsibles. El pulso de los once relatos no sintoniza con la celeridad actual. Tiene, no obstante, los méritos para erigirse como edificante lectura escolar: lenguaje llano, estructura sencilla y maniquea composición de personajes —adolescentes confundidos, adultos redentores—; que muestran indudablemente el oficio del autor, pero desprovisto de pasión. Me animo a hacer este apunte crítico, pues es el espíritu que alumbró el nacimiento del Plan Lector en el colegio y que, en gran medida, se ha cultivado. También lo hago pues la consideración de la categoría de literatura infantil es un aspecto central en la promoción de la lectura, tanto como capacitar docentes y atender bibliotecas escolares; en nuestro medio cultural, para nadie es novedad que este género literario es tomado como un subgénero o como literatura menor, ancilar de los trajines de la escuela, sierva de la pedagogía y que no merece estudios rigurosos de la especialidad.

Esa inquietud será motivo de una investigación posterior, de momento he querido ofrecer una muestra del trabajo que se realiza alrededor del Plan Lector. En la primera sección LABOR EDITORIAL, he incluido documentos imprescindibles como la Resolución Ministerial del

Gobierno Nacional —julio del 2006—, que crea el Plan Lector para los estudiantes de Educación Básica Regular. Los otros programas pertenecen a dos editoriales extranjeras, Santillana y Norma, y una nacional, ReCreo. A continuación presento siete encuestas y cuatro entrevistas a editores representativos de nuestro medio, cuya finalidad es inquirir sobre sus vínculos con el Ministerio de Educación y sus modelos de desarrollo. En la sección TAREA DE LA ESCUELA hemos efectuado, junto con mis alumnos de Expresión Escrita, una esforzada labor por conocer las opiniones de todos los agentes relacionados con la educación —estudiantes de primaria, secundaria y superior, además de estudiantes de pedagogía y profesores de colegio—, para lo cual hemos realizado cinco mil ochocientas encuestas. En la tercera sección, SENTIR DE PROFESORES Y BIBLIOTECARIAS, hemos conseguido entrevistar a treinta y cinco profesores escolares y universitarios, asimismo a dos bibliotecarias de generaciones disímiles. En la sección final doy a conocer algunas de mis CONCLUSIONES Y PROPUESTAS. Aunque no fue realizada con ánimo de que formara parte del presente trabajo, considero de provecho incluir en el APÉNDICE la entrevista a Daniel Cassany, el intelectual más destacado en lengua castellana en materia de lecto-escritura. La entrevista salió publicada parcialmente en el Dominical del Diario El Comercio, en agosto del presente año, y la versión que aquí ofrezco es la transcripción completa de aquella conversación que sostuve con él en el marco del X Congreso Latinoamericano de Lectura y Escritura.

Devaneos y omisiones en el plan lector²

Han sido ustedes muy amables en invitarme a cerrar este importante acontecimiento. No sé qué cualidades tengo para tal distinción, sobre todo habiendo invitados de gran jerarquía en este Primer Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil. Podría, más bien, ensayar algunas razones que justificaran mi exclusión de esta ceremonia, en la que debe predominar la presencia de espíritus entusiastas y palabras de aliento. No me siento dotado de tales fortalezas. Soy, por el contrario, lo que podría calificarse *un aguafiestas*, pues mi relación con la literatura y la enseñanza es tan apasionada como profundamente escéptica. No me seducen las fanfarrias ni los cantos de sirena respecto a la lectura en nuestro país, tengo claro que el Perú es todavía un país gobernado con claros signos de barbarie, con una educación bastante desatendida y un concepto banalizado de la cultura. Por eso creo fervientemente en el compromiso del maestro, en su deber intelectual y vital, en su misión utópica de cambio.

Todo adulto sabe, o al menos lo sospecha, el grado de intervención que asume en el aprendizaje de las nuevas generaciones; la sociedad le ha conferido una autoridad educativa que por lo general le resulta ancha y ajena. En el caso de la escuela, nadie discute que los niños deben formarse a imagen y semejanza de lo que el maestro considera importante, aunque el cómo y el para qué no tengan respuestas convincentes. De este modo los niños no sólo aprenden a leer el libro que el profesor les proporciona

² Conferencia en el Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad Sedes Sapientae. Lima, noviembre del 2011.

y del modo que lo hace, sino que aprenden a sumar números enteros, a maravillarse con la historia de una civilización trepanadora de cráneos, a despertar una curiosidad por los diminutos insectos, a correr detrás de una pelota en el patio de recreo. Este primer paso pedagógico constituye un aprendizaje en el niño, quien busca integrar un conocimiento en su memoria para vincularlo luego a su propia vida. Y más tarde compartirlo con la vida de los demás, que es el sentido más elevado de nuestra realización. Así debería ser en la experiencia docente, porque educar es educarse, según la venturosa frase del filósofo George Gadamer.

Pero qué ha pasado con nuestra educación. Si bien el Programa Nacional de Movilización por la Alfabetización (PRONAMA), adscrito al Ministerio de Educación, trabaja desde el 2006 en la disminución del analfabetismo en el Perú, no deja de ser alarmante que en una década de vanidad política por el desarrollo macroeconómico y la indiscriminada proliferación de centros de estudios en nuestro país, todavía un millón y medio de peruanos mayores de quince años continúen segregados porque no saben leer ni escribir. Es sencillo consultar fuentes informativas que nos ofrecen concienzudos porcentajes de analfabetismo, a fin de conocer en detalle índices de reducción en determinadas zonas del país o cuáles son los márgenes diferenciados entre hombres y mujeres; aunque ya sabemos que las zonas rurales son las más golpeadas y que las mujeres siguen siendo las más marginadas. Sin embargo, de lo que no tenemos noticia es de los indicadores referidos al analfabetismo funcional, un problema que puede ser tan grave como la ignorancia, pues disimula el rostro social tras la máscara de la cultura escrita.

En su definición más simple, leer es “pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados”

(diccionario de la academia), pero en una segunda acepción es entender la orientación de un texto e incluso de cualquier otro tipo de representación gráfica. Y en un tercer significado, sobre el cual rara vez se detienen los maestros y mucho menos las autoridades educativas, significa potenciar el sentido profundo de un texto literario. Conviene preguntarse si el texto es el tejido que el lector descifra ante sus ojos, en una dinámica de percepción y entendimiento, o comporta una dialéctica más compleja y superior. Yo creo que el texto es, sobre todo, el tramado que el lector va construyendo en su memoria mientras lee e, incluso después de leer, a partir de una capacidad múltiple de conocimiento, sensibilidad e imaginación.

Si esta premisa resulta persuasiva, cómo conseguir lectores reales, no esclavizados a la escuela y capaces de enriquecer con su propia experiencia lo que el texto propone, cuando respiramos un aire educativo y cultural tan descompuesto. Una sociedad política que confabula programas de enseñanza anticuados, televisión deleznable, cartelera cinematográfica de consumo, estado penoso del fútbol y una tendencia a convertir la cultura en espectáculo que erige como modelos de opinión y éxito a impresentables animadores de nuestra farándula. Ese es el medio social que nos rodea y un libro, ni dos ni tres van a revertir la situación. Un buen plan de lectura puede y debe llamar la atención sobre esas condiciones, a fin de cuestionarlas y resquebrajarlas. Ojalá los maestros tomaran conciencia de que un Plan Lector no germina en tierra baldía, salvo que les complazca la literatura infantil como subgénero artístico y la lectura como actividad subordinada a la escuela.

Lo que importa para desarrollar un trabajo responsable del Plan Lector es el vínculo activo del sujeto con el texto; es decir, que sea capaz de entenderlo, interpretarlo e incorporarlo a su experiencia vital. Sería

absurdo negar la trascendencia del libro en la vida de un niño y un adolescente, porque llega precisamente en momentos que está construyendo su personalidad. Recordemos la primordial conquista de la escuela, cuando maestros y padres celebran que el estudiante, al final de su primera infancia, antes de pasar a primaria, haya aprendido por fin a leer. Es un motivo de fiesta, muy justo, porque todos tienen claro lo largo y espinoso de ese aprendizaje y para qué sirve desentrañar esa mescolanza de letras. Los garabatos del inicio escolar se han convertido en sílabas y palabras con sentido, en una fuente de descubrimiento y regocijo; y no ha sido de milagro, sino por el esfuerzo y el deseo de niño. Pero qué ocurre en adelante, sobre todo en los primeros años de secundaria. ¿Implica la lectura esa misma necesidad educativa? ¿Saber leer responde a un ánimo de querer leer? ¿Está el profesor en capacidad de contestar a sus alumnos para qué sirve leer? Tengo la impresión que en la edad preadolescente la lectura atraviesa su punto crítico, su verdadera prueba de fuego. Mucho más expuesta a las tentaciones del medio y urgida por una empañada libertad, la lectura rara vez encuentra en el hogar ni en la escuela una cómplice resistencia. Ya no es lo reveladora que fue. Con qué vocación va a dirigir un joven su mirada al libro, cómo va a insertar el acto noble de un héroe de la ficción en su alma desesperada, para qué va a ampliar su horizonte de contemplación y tolerancia si el mundo que lo rodea parece reñido con las bondades de la cultura. Y sobre todo del espíritu de la literatura.

En este periodo de tormento escolar y bajo muchos pretextos, incluso muy razonables, los educadores hemos declinado del poder de leer. No sólo se desestima la lectura de los modos culturales más cercanos del adolescente: el cine, la música, el deporte; cuyos contenidos y formas de

acercamiento deberían estar presentes en los programas educativos y en las preocupaciones pedagógicas de los maestros. Sino que además la escuela secundaria descuida la lectura en su expresión más llana: la lectura informativa, que se comporta como una mera gestión burocrática de acopio de datos sin sopesarlos ni discutirlos. En esas circunstancias la lectura literaria difícilmente encuentra explicación y menos justificación. De qué manera defender el acto de leer, que si bien es un camino de evasión, es sobre todo un medio de socialización. Tal vez uno de los más elevados del ser humano, pues significa antes que nada una defensa de la libertad, que nos permite conocer y reconocer nuestro mundo, pensar en sus límites y aspirar sus mejoras.

Los padres de los adolescentes, sin embargo, se desentienden del ejercicio de la lectura. Ellos no leen —aunque aseguran haber leído bastante—, olvidaron por completo sus angustias juveniles y desvanecieron la alegría de aquellos papás orgullosos que fueron cuando sus hijos aprendieron a descifrar el alfabeto, apenas unos años atrás. Ahora sin recuerdos y sin razones para comprar libros y compartirlos, los padres se refugian en la trinchera del enemigo. Mientras los maestros de escuela se empeñan en coger el rábano por las hojas: más atentos a la pronunciación y a la velocidad de la lectura, obsesionados por el bendito mensaje y machacones de los consabidos cuestionarios que buscan respuestas previsibles. La suma de tantos desatinos se expresa en las evaluaciones de lectura, cada vez más pragmáticas y uniformes, apremiadas por la masificación estudiantil y la ligereza social. Todos nosotros vivimos en carne propia una larga crisis de nuestra sociedad, en medio del desarrollo tumultuoso de los medios de comunicación y de nuestro obsoleto sistema

educativo. Y los maestros, parafraseando a Vallejo, qué hacemos y qué dejamos de hacer, que es lo peor.



En diciembre cumpliré treinta y tres años como profesor. La edad de Cristo, pero en la docencia: un aniversario emblemático que he procurado me renueve el entusiasmo y me ofrezca algo de lucidez. Sólo este año he visitado cuarenta colegios entre Lima, Cajamarca, Huancayo, Arequipa y Trujillo. He estado frente a miles de alumnos y cientos de profesores. Y he constatado la ilusión de los maestros, una suerte de frenesí que parece irradiar el plan lector, como si fuera la varita mágica de Merlín, pero constato también su desaliento y su desconcierto. Carecen de preparación, no disponen de bibliotecas, no compran libros. Tampoco han dejado de cultivar, por ejemplo, esa oscura tradición de lamentar lo poco o nada que leen actualmente los estudiantes. Siempre comentarios alarmados, a veces mordaces, que escucho en los colegios y las universidades, tal vez sin hacer demasiado por revertir un problema endémico y gravísimo de la educación peruana.

En medio de esa realidad, dudo si es posible determinar si hace varias décadas atrás, cuando nuestros colegas eran estudiantes escolares o de los primeros años de universidad, sus entonces compañeros de clases leían más y comprendían mejor de lo que hoy evidenciamos. Me atrevería incluso a preguntar si los profesores de hoy fueron grandes lectores en el pasado, como parece engrairnos el recuerdo. Porque sabemos muy bien que la memoria subjetiviza la realidad vivida y la nostalgia la hace más amable.

Aunque fuera afirmativo —que sí fueron grandes lectores—, quedaremos siempre como una especie en minoría comparativamente con nuestros

compañeros de entonces. Si no teníamos ningún Plan Lector ni mediciones de comprensión lectora, ni bibliotecas de aula ni industria editorial de libros infantiles y juveniles que nos amapren, de dónde la afirmación de que antes se leía más. Creo que se ha levantado una verdad discutible: el libro y la lectura, en nuestro país, ha sido siempre un objeto y una práctica de minorías. Ahora que empuñamos la bandera del Plan Lector como una actividad plural y urgente, es cuando se hacen evidentes las enormes grietas de nuestra llamada democracia.

Revisemos cómo se presentó el rostro del problema. La prueba PISA, auspiciada por la UNESCO, fue aplicada en el 2003 a nuestros estudiantes de quince y dieciséis años de colegios públicos y privados, con la finalidad de conocer el nivel de conocimientos y habilidades en matemáticas y lenguaje. La publicación de los resultados provocó una conmoción en el Perú, pues ocupamos el último lugar de un grupo de cuarenta y tres países, con un deshonroso nivel 0. Para la siguiente prueba PISA, tres años más tarde, las autoridades del Ministerio de Educación decidieron no participar y aguardar la subsiguiente prueba; los resultados anteriores habían expuesto descarnadamente la realidad educativa del país y el Gobierno optó por someter a cuidados intensivos a nuestro sistema formativo institucional y declarar el estado de Emergencia Educativa. En agosto del año pasado se aplicó la prueba PISA 2009, en una muestra que comprendió doscientos cincuenta colegios públicos y privados, de Lima y provincias. Los resultados aún no se conocen. Debieron publicarse entre octubre o noviembre pasados, hace doce meses y según soterrada información los resultados son tan lamentables que el gobierno ha decidido mantenerlos bajo siete llaves, ocultos a la mirada crítica de su proclamada modernización educativa.

Con el propósito de corregir la crisis en comprensión lectora refrendada por la prueba PISA 2003, el Gobierno actual creó en el 2006 el Plan Lector para los estudiantes de Educación Básica Regular. Aunque fue una reacción tardía del Estado —las editoriales trasnacionales venían aplicando programas de lectura desde hacía diez años—, se trató de una propuesta plausible por su ánimo pero discutible por sus procedimientos. Fue evidente la intención por estimular el hábito de lectura en la comunidad educativa, dentro y fuera del aula —“una selección de 12 títulos que estudiantes y profesores deben leer durante el año, a razón de uno por mes”, según señala la Resolución Ministerial de julio del 2006—, considerando no sólo textos literarios y postulando erradicar la costumbre de leer únicamente el significado literal del texto.

Diversas Normas para la organización y aplicación del Plan Lector han sido publicadas en los meses siguientes, que, incluso, sugieren títulos de libros destinados a niños y jóvenes. Algunas de esas recomendaciones pecan de elementales y otras son demasiado vagas, como proponer indiscriminadamente las colecciones de una u otra editorial. Un aspecto que juzgamos meritorio es la recomendación de privilegiar autores de la región y del país, además de que la selección de lecturas sea establecida por la comunidad educativa en su conjunto: directivos, profesores, padres de familia y estudiantes. Lo que llama la atención es que los libros deberán leerse fuera del horario de clase, incluso durante las vacaciones. Nada se menciona, sin embargo, sobre las formas de evaluación que es uno de los cuellos de botella de la enseñanza.

Tampoco deja de ser importante, aunque quede en el papel sellado del Ministro de Educación, la convocatoria que se hace a los colegios para organizar actividades alrededor de la lectura, como publicar periódicos

murales o revistas con los trabajos de redacción de los estudiantes; instituir ferias de libros, círculos de lectura y encuentros con autores de los libros leídos; realizar concursos literarios, maratones de lectura, funciones de cuentacuentos, proyecciones de cine, representaciones teatrales... Sin embargo, todos estos buenos deseos para infundir la lectura colisionan con una realidad indiscutible: el aula y la relación humana entre estudiantes y maestros.

Nuestro sistema educativo ha demostrado irresponsabilidad para advertir las deficiencias de comprensión lectora en nuestros estudiantes y que acusa además gravísimos problemas culturales. No quisiera extenderme en asuntos de enorme dimensión, a las esferas más altas del poder, porque me obligaría a explicar que fueron las casas editoriales extranjeras quienes iniciaron las campañas en favor de la lectura de niños y jóvenes y no el Estado; que son estas empresas multinacionales que, con indudable experiencia en ese campo y grandes expectativas comerciales, difunden lo mejor de la producción literaria; que su poder mediático y económico es inalcanzable para los niveles de nuestras editoriales y de la capacidad del Estado y que sin embargo trabajan independientemente del Ministerio de Educación, salvo para las licitaciones. Una autonomía discutible que concuerda con postulados neoliberales, pero que debería reconsiderarse en el campo de la educación. Lo que más importa ahora es insistir en la necesidad de que los docentes, a pesar del maltrato y los salarios, comprendan que leer no es sólo un ejercicio para la cultura general y el aumento del vocabulario, sino un instrumento de resistencia contra la animalidad y una auténtica conquista humana.

Maestros y maestras entréguese a la lectura. La lectura es una de nuestras actividades que menos admite ideologías banales y que más

justifica la materialidad de lo imaginario. No se lee a partir de la nada. El libro es materia, un objeto tangible lleno de imaginación y de cuestionamiento. Tan concreto y tan filosófico y tan político que en Argentina y Chile, hace algunas décadas, los esbirros de la dictadura militar quemaron los libros infantiles con la misma saña que imaginó Ray Bradbury, en su novela antiutópica *Fahrenheit 451*. Y que son libros que ahora se leen con provecho. O como ocurrió también en el Perú, donde se quemó la primera novela de Mario Vargas Llosa. En el patio del Colegio Militar Leoncio Prado, hacia mediados del sesenta, varios rimeros de *La ciudad de los perros* fueron convertidos en cenizas por órdenes castrenses. Con estos ejemplos y muchos otros, podríamos hablar acaso de la inocencia de los libros infantiles y juveniles.

A pesar de las cicatrices y de algunos desalientos, es justo decir que en nuestro país vivimos hebras de esperanza: una enorme producción cultural de iniciativa privada, una evidente inquietud por mejorar el sistema educativo, una preocupación por elevar el nivel del magisterio, un plan lector en marcha, un flamante ministerio de cultura, un proceso de consolidación de la industria editorial y un merecidísimo Premio Nobel en Literatura. Hebras de esperanza que requieren nuestro concurso. Es verdad que muchas propuestas son gestos demagógicos, alardes de nuestra política oficial, pero otros no, como por ejemplo la fundación de la Maestría de Literatura Infantil y Juvenil de esta casa de saber que nos acoge —cuya tercera promoción está a punto de egresar—, las magníficas revistas que publica vinculadas a la educación y la literatura y, sin duda, la organización de este valioso congreso.

Sin embargo, no perdamos de vista que la institución escolar recién inicia este trayecto de desarrollo del Plan Lector. La mayoría de docentes

desconoce la extensión y la profundidad del campo literario; para muchos es todavía un género sin la envergadura de la llamada “gran literatura”, para otros es un instrumento ancilar de la enseñanza y para casi todos es una posibilidad abordada con timidez, sin la pasión ni el riesgo que deben animar toda tarea educativa. Es que la literatura infantil suele verse como una actividad ingenua y despreocupada —algunos de nuestros escritores son responsables de este juicio—; reducida a una historia sencilla, que no toca temas controversiales y donde sólo importa la moraleja. Si no es, en otros casos, la mirada enternecida que se posa en el diseño del libro o en los álbumes ilustrados. ¿Por qué va a ser fácil escribir o ilustrar un libro para niños? ¿Alguien cree, a estas alturas, en la poca información que reciben los chicos y en su complaciente candor? Si consideramos que el género infantil y juvenil merece un verdadero estatuto literario, para enseñarlo y guiar a nuestros alumnos es preciso conocer su teoría y sus mejores representantes.

Y esta capacidad, queridos maestros y maestras, no se improvisa. Hundirse en el campo de la literatura infantil y juvenil implica conocer de lingüística y psicología, estar atento al buen cine y al teatro, no hacerle ascos a los dibujos animados ni a las historietas, tener el oído dispuesto a la música y a los giros coloquiales, mancharse con el barro de nuestra realidad... un educador debe correr estas aventuras, porque, como leí alguna vez de un pedagogo francés, “las personas sin inquietudes no pueden comportarse como buenos educadores...”. Sólo una preparación a conciencia podrá llevarnos a saber, al menos a intuir, cuando estamos frente a una buena obra infantil o juvenil. No hay recetas, el filtro más confiable de evaluación será nuestra propia capacidad. Habremos comprendido que leer es aprender a comunicarnos, a cultivar una

sensibilidad despreciada y a situarnos en relación con el otro. A querernos más y a querer más al prójimo. No concibo una pedagogía de la lectura que no es inscriba en el terreno social.

Pero antes que el plan Lector, por bueno que sea, debiera importar la vida del maestro. Su tranquilidad y su preparación cultural. Porque no puede haber proyecto educativo nacional sin la participación directa del maestro. No podría aceptar que "El Caballero Carmelo", de Abraham Valdelomar, valga más que la caminata diaria a cuatro mil metros de altura de una maestra de escuela rural; no podría consentir que *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, importe más que el salario de un maestro; no estoy dispuesto a reconocer mayor valor humano en "Los gallinazos sin plumas", de Julio Ramón Ribeyro, que en la ternura de una maestra que enseña las primeras letras; jamás aceptaría que "Paco Yunque", de César Vallejo, es más importante que cada latido del maestro en su clase. Antes la vida que la literatura. Un corazón inquieto por descubrir y proveer vale más que todas las directivas ministeriales, por eso repito los encendidos versos de Bertolt Brecht: "¡Busca la escuela, hombre sin techo! / ¡Busca el saber, muerto de frío! / ¡Hambriento, toma el libro: es un arma! / ¡Tú, maestro, debes asumir la dirección!"